

Recuerdos de Monseñor Francisco Valdés Subercaseaux.

TUVIMOS la certeza que presenciábamos la muerte de un santo aquel 4 de enero de 1982. Era tarde en el Hospital de Pucón, y en el momento que decíamos la Letanía Lauretana "María, Reina de la Paz", entregaba su espíritu monseñor Valdés Subercaseaux. Todos los presentes sentíamos con fuerza la mezcla de nostalgia, de dolor, de ansia de perfección que, según mi personal experiencia, se vive cuando un santo se aleja, por corto tiempo tanto como para siempre. Sentimos la necesidad de vivir entre nosotros en caridad. Dentro de la tristeza que reinaba se percibía una atmósfera de alegría espiritual, ésa que sólo Dios sabe dar. Los habitantes de Pucón y los campesinos de los alrededores sentían lo mismo.

Por cientos llegaron a tocar el cuerpo del "santo", los que, con trabajo, logramos mantener a la distancia esos últimos días. Fueron miles los asistentes a la Misa de Difuntos en Pucón, como al entierro en Osorno. Querían verlo y despedirse de él. Es importante decir que mucho antes de su enfermedad y muerte, tenía ya fama de santo capuchino, santo sacerdote y obispo.

Habrán otras personas más autorizadas que yo para hablar de él, ya que, fuera de las semanas de su enfermedad mortal sólo había estado muy poco con él. Hace cuatro años, y en compañía de otra hermana, durante dos días tuve ocasión de encontrarme en el obispado de Osorno. ¿Qué inquietud me lleva a hablar de este encuentro? Es porque su carisma sigue igual. Radica en la perfecta armonía entré un total amor a Dios de una persona entregada totalmente al ser humano. Esta armonía la poseyó en grado sumo, acá en la tierra.

Los testimonios de su amor a Dios son conocidos a través de todo Chile: a pies descalzos, ayunando y orando recorría los rincones más alejados de su parroquia de Pucón, ya fuera en pleno invierno o en los calurosos días de verano. Más tarde, como obispo de Osorno, aceptó el tremendo sacrificio, por amor a Dios, de la matadora actividad, en el escritorio, los viajes sin fin, reuniones y visitas, horas de agotamiento que sólo Dios sabe. Que su vida de oración fue intensa, y su mortificación corporal y voluntaria lo sospechaba la gente al verlo.

El sábado 2 de enero me dijo él: "Yo creo que hoy me viene a buscar la Virgen". Yo le contesté: "Monseñor, mañana celebra la Iglesia la Epifanía. Tal vez será mañana, monseñor, el día que usted pueda volver a Dios". Nunca olvidaré la iluminada cara de felicidad que mostró, a pesar del rictus de dolor que la enfermedad le marcaba. "Sí, veré al Señor, me dijo".

Durante los dos días, como ya lo he dicho, que pasé en Osorno, nos guió de manera tal que teníamos la sensación de que él no tenía otra cosa que hacer sino preocuparse de nosotras. Rezó con nosotras, conversó con nosotras, nos escuchó y comimos juntos en la pequeña cocina de su obispado. Lo digno de observar era que todas las personas que con él estaban tenían la impresión de ser únicas para él, de no molestarlo, al contrario, de causarle una especial alegría. Hasta su último momento brilló en él esta virtud. Conociendo lo que es su enfermedad, necesité hacer un esfuerzo heroico para resistir cada visita. Los incontables seres humanos que le visitaron no se dieron cuenta de eso. Muchos creyeron haberlo alegrado con su presencia.

Este vivir en Dios le llevaba a acercarse y acoger amorosamente a todo ser humano.

Este obispo, obispo de nuestro tiempo y de nuestro país, está íntimamente ligado a la encíclica "Redemptor Hominis", primera encíclica de nuestro Santo Padre Juan Pablo II.

Pidamos a monseñor Valdés, a quien hemos conocido personalmente y que ahora goza de la presencia de Dios, sea nuestro intercesor y nos conceda esta gracia del Espíritu Santo.